



## Metamorfosis

Andrés Montoya Egido,  
Cronista Comparsa de Ballesteros

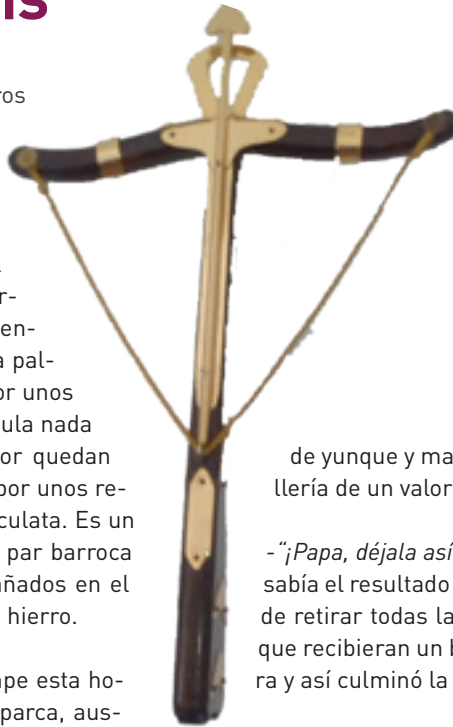
No es una ballesta convencional, la mía no lo es, aunque reúna todos los elementos que llevan todas: madera, metal e hilo. El brazo tensor de la ballesta oficial impregna de luz el corazón del arma que vertebrada, ornamentado con dos vértices que enmarcan la flecha como si de la copa de una palmera se tratara. El arco viene tachonado por unos arabescos que forman una caprichosa retícula nada homogénea y los costados del brazo tensor quedan flanqueados por sendas cabezas de león y por unos relieves en forma de triángulo rematando la culata. Es un arma solemne en su simbología, pero a la par barroca por su profusión de atavíos, todos ellos bañados en el brillo del oro, no en el neutro mate del fiero hierro.

Pero desde hace 22 años, una ballesta rompe esta homogeneidad: líneas rectas, adornos lisos, parca, austera... pero hecha con todo el mimo que un padre puso para que su hijo se iniciara en la comparsa.

En 1996 yo apenas contaba con ocho años. Era un verano especial, porque cuando el sol diera sus últimos coletazos estivales, cumpliría mi sueño: salir de balletero. Lo tenía todo: camisa, casaca, botas, pantalón... Era la ventaja de tener un hermano mayor y heredar todas las prendas que a él le quedaban pequeñas. Lo único que no valía era la ballesta, ya que era antigua. Un arma hecha exclusivamente de madera, de un marrón oscuro carente de brillantez, rematada en sus extremos por una hiperbólica culata y una flecha negra, grisácea.

Quedaba poco para fiestas y comprar una ballesta nueva era una inversión superflua cuando en unos años, con los primeros ímpetus de la adolescencia, quedaría minúscula. Fue entonces cuando el genio de mi padre hizo lo que se antojaba imposible: que pudiera utilizar la ballesta de mi hermano.

Decidió convertir aquella vieja ballesta en una dorada, sencilla, pero rebosante de cariño. Lo primero que hizo en mi casa fue coger la de mi hermano y hacer un patrón de todos los ornamentos que embellecen nuestra arma. Sólo la silueta, nada de relieves. Después, se llevó a su taller la ballesta para recortarle la culata, demasiado exagerada en la época de las camisas amarillas, y el puño, que ahora sería sustituido por una especie de rayo dorado. A golpe de cizalla y radial moldeó en planchas de hierro las piezas que adornarían mi ballesta. En alguna fue necesaria el golpe del martillo contra el yunque con tal de acoplarla al arco tensor; en todas, el toque de la lima para evitar algún que otro arañazo. Tenían el tenue color gris del hierro, impregnadas por la grasa que presenta la crudeza de este metal. Con disolvente eliminó todas las impurezas antes de atravesarlas con el taladro para atornillar a la madera. Presentó todas las piezas en la ballesta. Yo ya estaba fascinado, me encantaba tal y como estaba con sus tenebrosos adornos, carente de brillo. A base de sierra y lija,



de yunque y martillo, logró dotar aquella pieza de artillería de un valor que no se explica con palabras.

-“¡Papa, déjala así!” Mi padre respondió con una sonrisa, sabía el resultado final. Entonces la escondió. Se encargó de retirar todas las piezas para llevarlas a cromar, para que recibieran un bruñido baño dorado. Barnizó la madera y así culminó la metamorfosis.

Recuerdo cuando mi padre llegó a casa con un bulto cubierto de bolsas de plástico. *Aquí la tienes, lista para fiestas* -dijo. Allí estaba mi ballesta: corte marcial, líneas rectas, brillo cautivador. No tardé en estrenarla. Lo hice en los mismísimos ensayos, que por aquel entonces celebrábamos en el Huerto Real, hoy sembrado de bloques de pisos.

Año tras año volvía a mi memoria aquella primera sonrisa, siempre llena de ilusión, cuando veía de nuevo mi ballesta durante los últimos compases de agosto. Y aquella sensación no cambió cuando ya di el estirón, pero era el momento de buscar otra, de abandonar mi arma de niño. No pude dejarla en el fondo del armario y aún hoy sigue asomándose al bloque balletero, victoriosa sobre las uniformidades oficiales y sobre las normas oficiosas.

La vida está llena de pequeños detalles y gestos que a veces impregnan con su valor algunos objetos. Con esta ballesta entré en mi comparsa, como tantas cosas que he hecho y que he aprendido gracias al empeño que me has transmitido, papa. Espero que la ballesta vuelva a la calle y, por qué no, que no sea yo quien la empuñe, sino uno de nuestros descendientes. Estoy seguro de que lo hará con la ilusión de portar la ballesta del abuelo. Hoy alguno me diría que aquello fue una locura, ya que podríamos tener una pieza de museo. Lo cierto es que miro esa ballesta con la misma ilusión que me entró cuando me la dio mi padre.

La vida es una suma de amistades en las que hay que perseverar con la misma decisión que tuve al no desechar mi ballesta, mi austera, pero sincera ballesta. La vida es un cúmulo de personas que hay que cuidar con mimo, el mismo mimo que pusiste en hacerme la ballesta. Gracias por todo, papa, por enseñarme a amar lo que hago, a perfeccionar el día a día, a levantarme de las caídas y a luchar por el futuro.

*Agradecimiento: a Ester Aullón Núñez, por tu revisión, tu tiempo, tus consejos, tu amistad, gracias; a mi padre, por todo.*

